

“CREO QUE ESTAMOS LOGRANDO EL INGRESO DE NICOMEDES SANTA CRUZ EN EL CANON LITERARIO PERUANO”

ENTREVISTA A MILAGROS CARAZAS SALCEDO

Carolina Sthefany Estrada Sánchez
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
estradasanchezsthefany@gmail.com
<https://ocird.org/0000-0002-0513-0395>
DOI: <https://doi.org/10.36286/mrlad.v3i6.249>

Es doctora en Literatura peruana y latinoamericana y, actualmente, docente de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, así como también investigadora de la Tradición oral y musical afroperuana, y de la iconografía negra. Ha publicado, entre otros, *Estudios Afroperuanos. Ensayos sobre identidad y literatura afroperuanas* (2011). A su vez, recibió el premio “Heroína Nacional María Elena Moyano” (2007) y el reconocimiento como “Personalidad Meritoria de la Cultura” (2015) por el Ministerio de Cultura del Perú.

A lo largo de su trayectoria, ha sido una voz clave e influyente en la investigación sobre literatura afroperuana, lo que le ha permitido conocer una amplia gama de publicaciones relacionadas con este campo. En ese marco, ¿cómo percibe la evolución de esta literatura en las últimas décadas y qué tipo de resistencias ha enfrentado dentro del canon literario peruano?

Prefiero hablar de un cambio de perspectiva. Recuerdo bien que empecé incluyendo el tema de la literatura afroperuana en el curso de Literaturas Orales y Étnicas del Perú, ya que estaba orientado a lo andino quechua y faltaba la polifonía de voces; también me interesaba lo amazónico. De este modo, se abrían y se discutían nuevos temas en el sílabo de curso, en esa búsqueda de la pluralidad.

Ciertamente, una estrategia de resistencia constante ha sido plantear el análisis de obras de autores fuera de lo común, desde la otra vereda. Recuerdo que en una ocasión me dijeron si era posible participar en tal congreso, pero que me sacudiera de lo negro, que lo soltara una vez. Mi reacción fue una sonrisa burlona y solo atiné a responder: “Imposible. Sería como negarme a mí misma”. Al final, los organizadores (de mi generación) comprendieron que, en mi caso, no se trataba de un tema académico de moda, una postura cómoda. En el programa de ese congreso, mi ponencia aparecía como el tema disidente otra vez.

He ahí la diferencia de hablar por el otro, desde afuera, y hablar desde adentro. Puedo añadir que el cambio de perspectiva es escribir desde mi experiencia personal y la pertenencia al pueblo afroperuano. Por eso, era importante pasar de la llamada literatura negra o negroide a la literatura afroperuana, como he prefiero nombrarla, así como del negro al sujeto afroperuano y, a partir de ello, fortalecer los Estudios Afroperuanos, propuesta de Fernando Romero. Este campo de investigación es multidisciplinario e interdisciplinario, pues desborda la literatura misma.

En este sentido, falta comprender que nuestra literatura afroperuana, que se viene construyendo, toma distancia del negrismo a secas, esto es, de aquel corpus escrito desde afuera que intenta representar lo negro, aunque lo valore, pero desde el paternalismo y el colonialismo. En la actualidad, se distingue el indigenismo literario de la literatura indígena en lengua. Entonces, ha de llegar el momento en que nuestra literatura afroperuana alcance una etapa de madurez y consolidación; ha de llegar con el tiempo.

También se puede hablar de una ampliación temática. Años atrás, solo se analizaba *Matalaché* de Enrique López Albújar como paradigma. Por eso, decidí centrarme en *Canto de sirena*, de Gregorio Martínez, para la tesis de licenciatura en 1997, y luego, en *Crónica de músicos y diablos*, *Biblia de guarango*, etc. Era prioritario analizar obras de otros autores o escritoras, tales como *Malambo* de Lucía Charún-Illescas, por ejemplo, y sin dejar de lado la tradición oral y musical. Cuando se publica el libro *Estudios Afroperuanos. Ensayos sobre identidad y literatura afroperuanas* en 2011, resultaba innegable que éramos parte de la agenda académica local. De tal modo, creció también el interés de otros investigadores nacionales y extranjeros; e inclusive la idea repercutió en otras universidades y cada cierto tiempo se organizan más eventos.

El interés por visibilizar las voces femeninas en la literatura peruana ha ido ganando terreno en los últimos años. En ese marco, ¿qué aportes considera que ofrecen las autoras afrodescendientes al corpus literario nacional? ¿Qué figuras considera especialmente relevantes rescatar o releer hoy?

La literatura afroperuana escrita por mujeres va creciendo paulatinamente, y ya existen algunas publicaciones y voces, sobre todo en la poesía y la narrativa. Por citar un caso, se ha publicado la segunda edición de *Malambo*, de Lucía Charún-Illescas, y han aparecido otras poetas más allá de Mónica Carrillo organizadas en el Círculo Nacional de Escritoras

Afroperuanas (o Cineape). En efecto, se toma conciencia y madurez sobre el oficio de escribir y el rol que cumple el escritor en el ámbito literario y social. Espero que las próximas antologías o recopilaciones incluyan más voces femeninas y que no sean solo escriturales. Falta conocer, además, a las representantes de la tradición oral y musical en el interior del país y de las comunidades como Zaña, Yapatera, Aucallama, Locumba, etc.

En la medida en que se publique o se conozca lo que producen las afroperuanas en el campo literario, habrá más oportunidad de visibilizar más nombres y textos. Por ejemplo, es loable la publicación de *Peinando a una negrita*, obra teatral de Victoria Santa Cruz, dado que el pelo crespo y las trenzas se relacionan con la identidad cultural y las formas de resistencia femeninas. Para aquellas que somos del pelo, ya que me incluyo, lo entendemos muy bien: es nuestra herencia y estamos orgullosas de ello. La manera cómo trenzas o peinas el cabello crespo o zambo pasa de generación en generación, y adquiere sentido.

El testimonio ha sido también uno de los ejes que ha atravesado su labor crítica. En esa línea, ¿qué rol cumple el testimonio, como género literario y como práctica cultural, en la configuración de identidades afroperuanas? ¿Qué límites o posibilidades podemos encontrar en este?

El testimonio literario latinoamericano ha atravesado por varias etapas hasta conformarse un corpus bastante rico y sólido, al punto de que es inagotable como tema de investigación. Asimismo, este se reactualiza y se renueva cada cierto tiempo, debido a que existen las diferencias sociales, económicas y de otros tipos que tienden a separar y excluir o, en buena cuenta, a discriminar al otro. Esas voces que no se escuchan y de las que no se quiere saber no quedan en el silencio, así como ese otro tampoco permanece en el olvido ni invisible por siempre.

En el caso del testimonio afroperuano, se ha procurado levantar el corpus o, más bien, rescatar del olvido cuáles son esas publicaciones en las que se democratiza la presencia del otro afroperuano, así como también poner de relieve su voz y su historia. Justamente se aprovechó la tesis doctoral para analizar y discutir el tema, y se brindó prioridad al testimonio producido en provincias o, en su defecto, que el informante fuera oriundo de alguna, tal como el caso de Delia Zamudio, nacida en Chincha. Todo ello se realizó con el objetivo de eludir el centralismo, de modo que viajé a las comunidades afroperuanas para recopilar historias de vida y tradición oral y musical. Por tal razón, hubo un periodo en que estaba a la caza de las

publicaciones regionales en el interior del país habida cuenta de que todo no está al alcance en las librerías ni las bibliotecas limeñas. Sin embargo, esto último no ha cambiado mucho.

Ahora bien, en la Feria Internacional del Libro (FIL) 2025, tuve el honor de presentar y escribir el prólogo de *Erasmo. Yanacón del valle de Chancay*, libro publicado originalmente en 1974. En efecto, se trata de uno de los testimonios más emblemáticos de este corpus; sobre ello, Ediciones Achawata pone al alcance la historia de vida de don Erasmo Muñoz y la somete a la lectura de la nueva generación de investigadores. Esa supone una tarea que encomiendo graciosamente a los interesados en el tema; es una posibilidad.

Pero está también el grandilocuente testimonio de don Leoncio Bueno Barrantes, el llamado poeta centenario o el poeta del arenal, siempre tan enriquecedor y vital. Como el recopilado por el francés Roland Forgues, en *Cantar de golondrino* (2007). En verdad, Leoncio Bueno es todo un personaje, muy activo, incansable escritor, fabulador de anécdotas e historias. Hace poco, acaba de dar a conocer su último poemario, *La leyenda auténtica del heroico soldado nuestro*; solo faltaría reseñar y que pase por las manos del crítico.

A propósito del centenario de Nicomedes Santa Cruz, su inclusión más visible en programas oficiales y espacios académicos se puede entender como una forma de canonización. ¿Considera usted que esta incorporación transforma realmente las estructuras del canon literario peruano, o se trata, más bien, de una incorporación simbólica?

Para llegar a este punto, se ha visto prioritario declarar un Día de la Cultura Afroperuana (el 4 de junio) y, después, el Mes de la Cultura Afroperuana (todo junio) o inclusive el Día de la Mujer Afroperuana (25 de julio), sobre todo por el primer Decenio Internacional de los Afrodescendientes (ahora, estamos en el segundo decenio). Hoy en día ya se cuenta con direcciones y comisiones dedicadas a la población afroperuana en los ministerios (MINCUL o MIMP) y en el Congreso. Me refiero a que no solo es lo académico, sino que también abarca las políticas culturales y estatales que se proyectan al 2030.

De otro lado, de los años 90 hasta llegar a los albores del Bicentenario, hay una tendencia cada vez mayor de apertura y reflexión sobre las literaturas orales y étnicas, que ya contemplaba Antonio Cornejo Polar en su momento, de ahí que el crítico hablase desde la heterogeneidad y la pluralidad. De igual manera, para llegar a los Estudios Afroperuanos y para conseguir la apertura de un curso dedicado al tema, en la universidad peruana hoy, se ha

tenido que pasar por los siguientes eventos: el I Congreso Internacional en homenaje a Nicomedes Santa Cruz en 2005, el Coloquio sobre danza, folklore y literatura “Al ritmo Victoria Santa Cruz” en 2016, pero también por publicar numerosos artículos y libros, y socializar ponencias tercamente sobre el mismo tema durante más de veinticinco años.

Creo que estamos logrando el ingreso de Nicomedes Santa Cruz en el canon literario peruano, por ejemplo, cuando advertimos que (1) se ha publicado su obra (este año ha aparecido la segunda edición de *La décima en el Perú y De ser como soy me alegro. Antología de décimas y poemas*, libro de poesía más vendido en la FIL 2025); o cuando (2) aparecen más estudios y tesis que analizan su obra y destacan su valor literario (esto es, debe generarse el metatexto); y también cuando (3) se incluye la literatura afroperuana con sus representantes más destacados en la nueva historiografía literaria peruana.

Faltaría reconocer que Nicomedes Santa Cruz es parte de la generación del 50 (aparece en las fotos al lado de Sebastián Salazar Bondy, Juan Gonzalo Rose y otros), y publicó una obra que va de lo local a lo universal, y que no se queda anclada solo en la décima y en la poesía popular. Su producción es vasta y desarrolla varios géneros; es cuestionadora y multifacética. Quizá esto último sea el problema, debido a que su obra es una permanente crítica contra la discriminación, el racismo, la alienación, la explotación laboral, el colonialismo, etc.

En la literatura afroperuana contemporánea conviven la memoria, las formas orales de raigambre tradicional y una sensibilidad profundamente contemporánea. ¿Cree que entre tradición y modernidad se genera un diálogo o una tensión? ¿Qué desafíos plantea esta situación para la crítica literaria?

No es posible una fórmula salvadora, pero, al igual que José Carlos Mariátegui, creo que lo tradicional es muy dinámico, adaptable y cambiante; vale decir, no es algo estable como se piensa. En ese sentido, la crítica literaria debe estar atenta a ello. Por ejemplo, para acercarse a la literatura afroperuana de tradición oral, el crítico descubre que, en las últimas décadas, el decimista, el cumananero o el narrador oral manejan las redes y graban videos, o que incluso ofrecen su propio testimonio vivencial, o cantan o recitan sus versos para compartirlo a la comunidad y el público en general. En otras palabras, su literatura se globaliza y se aprovecha esa modernidad para la difusión de un corpus que se asume como no escritural y pasadista cuando es performativo.

En tiempos en que las humanidades enfrentan un desplazamiento frente a discursos utilitaristas, ¿cómo concibe el lugar que ocupan los estudios literarios en la universidad pública peruana?, ¿Qué potencia crítica conserva la literatura como espacio en el cual se interroga el poder, el lenguaje y las narrativas dominantes?

En mi opinión, un curso de literatura, en el nivel universitario, no es un cúmulo de información ni tampoco un listado de lecturas; y mucho menos se reduce a una metodología interpretativa, esto es, a la mera aplicación de una plantilla de moda con categorías bien memorizadas. Considero que cualquier curso de literatura debe contribuir al cuestionamiento, a la crítica y a la reflexión permanente, lo cual va más allá de lo teórico o lo abstracto; esto es lo que debiera potenciarse en los estudios literarios. Sin embargo, para criticar es necesario estar bien informado, haber leído y debatido las ideas, pues el silencio es complicidad y la inacción no es una opción aceptable.

Desde su experiencia como docente e investigadora, ¿cuáles son los principales desafíos que implica enseñar literatura desde una perspectiva decolonial en el contexto universitario peruano? ¿Cómo se reciben estas propuestas entre los estudiantes y qué resistencias o aperturas ha identificado en la academia?

Enseñar literatura es un acto de entrega y una pasión casi idealista: el docente da mucho de sí y procura sembrar semillas en sus estudiantes. En el futuro, puede que haya buena cosecha. Nunca se sabe, pero habrá sorpresas gratificantes, y es allí cuando te dices a ti mismo “valió la pena tanta lucha. No he arado en el mar”.

El alumnado que llega al aula ya está formado o deformado en el pensamiento del colonizador, al igual que con un lenguaje y unas formas o maneras de comportarse. Se ha impregnado de una especie de racialismo moderno que se encubre, pero que salta como liebre cuando menos se espera. No es fácil combatirlo. La consigna es que el alumno reconozca su diversidad étnica y cultural, y lo que ha heredado de la tradición familiar; en suma, que se trate de un descubrimiento positivo. Por ello, es necesario el autoreconocimiento y la reafirmación cultural; o llevarlos de la ignorancia de su pasado al conocimiento feliz de su presente y de su herencia. Creo que cursos como Literaturas Orales y Étnicas o Literaturas Afroperuanas y populares, por ejemplo, contribuyen en ello de alguna manera.

Al paso de los años, en efecto, se ha procurado hacer campaña desde la cátedra — desde mi trinchera personal — para lograr el posicionamiento de lo nuestro, lo afroperuano. Se ha llegado al Bicentenario, en 2021, para la apertura de Literaturas afroperuanas y populares, el único curso dedicado al tema que se dicta en nuestro país. Es el inicio. Habrá que esforzarse más para convencer a la academia de la necesidad y la urgencia de dar paso a otros cursos similares en otros campos como la antropología, la historia, etc. He ahí el nuevo desafío que compartimos con otros colegas.

Finalmente, como investigadora que ha trabajado con archivos invisibilizados y memorias subalternas, ¿qué consejo le daría a quienes inician trabajos en estos campos, especialmente, en contextos aún marcados por el racismo estructural?

Considero que un investigador novato en los Estudios Afroperuanos debe acostumbrarse a ser disciplinado y persistente en su labor. El trabajo de campo es enriquecedor y exigente, pero también requiere dedicación y entusiasmo. Por tal motivo, resulta clave considerar que el informante merece nuestro respeto y nuestro agradecimiento profundos, por lo que debemos compartir con él o ella los resultados de lo investigado; en resumen, socializarlo con la comunidad afroperuana, en una o más bibliotecas, en la escuela, con los vecinos, etc. Es decir, devolverle lo que es suyo y difundirlo a los cuatro vientos para no quedarse solo en el ámbito académico o en una publicación de especialidad. Ahora bien, pese al racismo estructural aprehendido en la sociedad, en el ámbito familiar o en casa, sostenemos que mientras más alcance y difusión tenga una investigación sobre lo afroperuano en general, más posibilidades habrá de valorar y visibilizar lo nuestro de manera combativa y a contracorriente. Sin duda, creo que cada vez que aparece un trabajo de investigación dedicado a lo afroperuano es una magnífica oportunidad para el cuestionamiento y el debate frontal.